

IDEAS PEDAGOGICAS DE SANTA TERESA

La Santa

NUMEROSOS temas teresianos aguardan aún forma definitiva: uno de ellos, el pedagógico. En vano se ojean y se hojean los tratados de Didáctica, las historias de la Pedagogía. Santa Teresa está pidiendo en ellas un lugar como la gran maestra de espíritu de la religiosidad de nuestra Patria.

El recuerdo de una de las obras más renombradas de Santa Teresa, *Las Moradas* o *Castillo interior*, evoca en nosotros la estampa medieval de la vieja ciudad castellana: Avila...

En las afueras de la ciudad, frente al pétreo anillo de la muralla, terrizo y humilde, bardas y tejadillos, el relicario de Teresa de Jesús que es el convento de la Encarnación. Las monjiles tocas hacen el milagro de la evocación de la Santa castellana en aquel triple locutorio en que viven en el recuerdo las figuras de San Juan de la Cruz, el arrebatado místico, y de San Pedro Alcántara, el atormentado asceta... Bajo la piqueta cruel cayeron los muros de la celda que cobijó veintisiete años a Teresa de Avila (1). Nos place evocar su figura, pensativa, la mano en el mentón, los ojos en el almenado muro de la ciudad... Frente al convento, la ciudad castillo, con sus ochenta y ocho torres, emergiendo del encrespado y sólido oleaje de riscos.

(1) Nos referimos, no a la celda donde se sitúa el milagro de la Transverberación, que se conserva sin modernizar, piadosamente, en el interior de la clausura del Convento de la Encarnación de Avila, sino a otra de la misma casa, hoy convertida en capilla, en cuyo pavimento existe una inscripción alusiva a la tradición piadosa de haberse escuchado, al proceder a la transformación de aquel lugar, una voz clamante: «¡La tierra que pisas es santa!». Muchas veces debió alzarse esta voz en Avila, especialmente para impedir las modificaciones sufridas por la casa en que nació Teresa de Cepeda, hoy iglesia llamada de la Santa.

Alredor la llanura, parda o amarilla, que salpican las pinceladas verdinegras de árboles infrecuentes, surcada por la blanca monotonía de los caminos extendidos como índices...

Aquellos caminos por los que se lanzara Teresa, por primera vez, niña, en pos del martirio y hacia tierra de moros, eran constante invitación a su inquietud de fundadora. Polvorientos caminos de Castilla que se habían de devanar en las ruceas de sus sandalias y que en todas direcciones serían signados por su báculo errante. Vosotros, dispersos senderos, invitábais a la monja del convento de la Encarnación a las trabajosas empresas puntualizadas en el libro de las *Fundaciones*. Pero las rudas, las ingentes murallas de la ciudad castillo, cerrada, misteriosa, íntima, tras sus almenas, despertaba entretanto en la Santa la intuición de su libro de las *Moradas* que era, también, un castillo: *Castillo interior*... (1). El simbolismo del recinto cerrado, del medieval castillo, fué fácil frente a la legendaria muralla abulense.

En este marco monástico y guerrero, de extática contemplación y de rudo combate, creció la niña, se formó la mujer... Borrada para siempre la errónea figura de una Teresa de Jesús dechado de sabiduría y erudición, es preciso luchar también con la idea de una escritora por completo iletrada. En este sentido marca una época el trabajo de Morel-Fatio *Les lectures de Sainte Thérèse* (2). Por otra parte, la Santa, en numerosos pasajes, nos confiesa dos cosas: no saber latín, y ser, como su padre, «amiguísima a leer buenos libros», los cuales, muchas veces, eran «toda» su «recreación» (3).

(1) Es claro que no afirmamos que la visión de Avila murada inspirase a Santa Teresa su *Castillo interior*; descamos sólo insinuar que el simbolismo del castillo cerrado —por otra parte, habitual a los escritores religiosos— tenía evidencia y realidad frente al maravilloso recinto medieval de la vieja ciudad castellana.

(2) MOREL-FATIO, ALFRED.—*Les lectures de Sainte Thérèse*. En *Bull.-Hisp.*, marzo, 1908, Págs. 17 a 67. Véanse también el libro de G. Etchegoyen *Essai sur les sources de Stc. Thérèse*, 1923, y el trabajo de Eduardo Juliá *La cultura de Santa Teresa y su obra literaria*. Castellón, 1922.

(3) «... amiguísima a leer buenos libros...» *Vida*. VI.

«... aunque lo más gastaba en leer buenos libros, que eran toda mi recreación...» *Vida*. IV.

Están perfectamente identificados los libros que leía Santa Teresa, claro que siempre en nuestro romance, no en latín ni en otro idioma. Aparte la Biblia, eran sus autores preferidos: San Jerónimo, San Agustín, Ludolfo de Sajonia, Kempis, Francisco de Osuna, Fray Luis de Granada y algunos otros pocos escritores religiosos. Sin embargo, los libros de la Santa, escritos por obediencia a sus confesores y sin un propósito literario, pensando en su confesor y en sus monjas como lectores únicos, si bien no pueden considerarse como obra de persona por completo iletrada sí hay que estimarlos, por el arte y por la lengua, como manifestaciones espontáneas y populares. Causa, pues, asombro la fortuna con que Santa Teresa se aventura al minucioso análisis de los más íntimos estados de conciencia iniciando la literatura de la confianza y de la introspección espiritual.

El carácter de Santa Teresa, en los afanes diarios de la vida, es alegre, franco, enérgico, emprendedor. «Creedme, dice, que Marta y María han de andar juntas» (1). Su vida es un ejemplo de dinamismo. Y en sus obras lo practica. «No es bien, escribe, esperar milagros.» Es preciso, por las obras, por el esfuerzo propio, merecer la ayuda del Señor (2). Lejos, muy lejos, la devoción simple y suspirante. «No pensemos que está todo hecho en llorando mucho, sino que echemos mano del obrar mucho» (3). Ni siquiera aconseja abandonarse totalmente y sin prevención a los arrebatos místicos y su epistolario nos la presenta componiendo villancicos con que entretener a sus monjas, como aquel que envió a su hermano Lorenzo:

*Oh, hermosura que excedéis
a todas las hermosuras...*

(1) «... creedme que Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor y tenerle siempre consigo, y no le hacer mal hospedaje no le dando de comer. ¿Cómo se lo diera María, sentada siempre a sus pies si su hermana no le ayudara?» *Moradas séptimas*. IV.

(2) «No por cierto, ni es bien esperar milagros; el Señor los hace cuando es servido por este alma, como queda dicho y se dirá adelante: mas quiere Su Majestad que nos tengamos por tan ruines que no merecemos los haga, sino que nos ayudemos en todo lo que pudiésemos.» *Moradas sextas*. VII.

(3) «No pensemos que está todo hecho en llorando mucho, sino que echemos mano del obrar mucho, y de las virtudes que son las que nos han de hacer al caso, y las lágrimas vénganse cuando Dios las enviare, no haciendo nosotras diligencias para traerlas.» *Moradas sextas*. VI.

Hallamos, pues, ante todo, en la Santa de Avila, en el ejemplo y en los escritos, la nota constante del dinamismo, la energía, el esfuerzo. Además, en ella, no falta el rasgo atrevido, el arranque genial...

Uno de estos arranques geniales nos lleva de nuevo a las afueras de Avila, al convento de la Encarnación. A él volvió Santa Teresa, lejana ya la mocedad, nombrada priora. Año de 1571. Mal recibida por las monjas, que no soportan con paciencia una infracción estatutaria, las domina no sólo con una famosa arenga, sino por el rasgo de inspirada de colocar en la silla prioral, con las llaves del convento, una imagen de la Virgen, a la que las monjas todas habían de acatar como dignidad suprema. Allí, en el viejo convento teresiano, una imagen de la Virgen, en la silla prioral, todavía, recuerda esta bella página del copioso anecdotario de la Santa española (1).

La escritora

Teresa de Jesús es astro refulgente en el cielo de nuestra mística. Favorecida, como ella dice, por las misericordias del Señor, traspasada en divinos amores, muy lejos de la tierra en los sublimes raptos y muy en la tierra en el diario y constante forcejeo de las luchas por las fundaciones de casas de religión y por la reforma carmelitana. Ninguno de nuestros místicos, a no ser tal vez San Juan de la Cruz, equilibra como Santa Teresa las tres actividades: orar, fundar, escribir. Santa, fundadora, escritora, fué Teresa de Avila. Y lo fué de tal modo, que no se la puede comprender sin este estudio triangular.

Su doctrina, reflejo de su propia experiencia mística, ocasiona un verdadero florecimiento del misticismo que pudiéramos llamar escuela carmelitana, o escuela de Santa Teresa. Esta escuela tere-

(1) Véase el cap. XXV, libro II, de la *Vida de Santa Teresa*, por el P. Yepes. Puede leerse la famosa alocución en *Escritos sueltos*, núm. 6.—B. A. E. de Rivadeneyra, t. LIII, pág. 522.

siana constituye lo más típico y nacional de nuestra literatura religiosa, por eso denominada por la moderna crítica escuela ecléctica o española (1). Dentro del cuadro de la mística ortodoxa, Santa Teresa salva con intuición genial los escollos del quietismo y del panteísmo; está lejos de la mística afectiva de los hijos del dulce Francisco y de los platonismos agustinianos de sabor renacentista, y lejos también de la obra intelectualista de los dominicos y de la Compañía de Jesús. La Santa española no contempla el mundo con ojos de espectador. No está seducida por el espectáculo de la Naturaleza, atenta, sólo, a los movimientos de su ser interior. Sus escritos suponen un avance extraordinario en la literatura confidencial. Nunca, hasta entonces, nos había sido relatada tan minuciosa y cumplidamente la experiencia mística. San Juan de la Cruz logra efectos del arte más exquisito con el empleo de alusiones continuadas que forman esa poesía llamada angélica por Menéndez y Pelayo (2). Pero San Juan de la Cruz era hombre de gran cultura teológica y humanística. Santa Teresa, en cambio, para ese minucioso análisis interno, para su precisa descripción de la operación mística en el alma, cuenta sólo con una genial intuición de escritora. Su lenguaje, el de Avila en el siglo XVI, lleno de graciosos modismos y de formas populares, no recurre, para expresar lo inexpressable, al artificio de la pesquisa de la palabra culta o el neologis-

(1) Véase SÁINZ RODRÍGUEZ, PEDRO.—*Introducción a la historia de la literatura mística en España*. Madrid, 1927. Pág. 227. El autor señala en nuestra mística ortodoxa tres corrientes: primera, *afectiva* (franciscanos y agustinos); segunda, *intelectualista* o *escolástica* (dominicos y jesuitas); tercera, *escuela ecléctica* o *española* (mística carmelitana). De estas tres tendencias, la primera coincide con la mística italiana y con la alemana la segunda, constituyendo la *carmelitana* o *teresianiana* la escuela española.

Véase también sobre el tema las obras del P. Crisógono, en especial sus libros *La escuela mística carmelitana*, Avila, 1930 (un volumen de 460 págs.), y *Santa Teresa de Jesús. Su vida y su doctrina*. Barcelona. Editorial Labor, 1936, trabajo teresiano más reciente, que se relaciona con el tema de la doctrina pedagógica de la Santa, es el del P. Antonio García Figar, *Psicología de Santa Teresa de Jesús*, publicado en *Revista de Espiritualidad*, I, 2 y 3 (1942).

(2) En el discurso de ingreso de Menéndez y Pelayo en la R. A. E. sobre el tema *De la poesía mística* se llama al misticismo «género de poesía castellana por el cual nuestra lengua mereció ser llamada lengua de ángeles». Tiene Menéndez y Pelayo afirmaciones análogas en este y otros escritos.

mo. Son muy escasos y han sido ya determinados (1), los cultismos de Santa Teresa. Y así, con ese vocabulario popular, en un estilo claro y enérgico, como su grafía, hace el milagro de plasmar en palabras lo más inefable del sentimiento.

Uno de los escollos de los libros de religión es la tendencia a la idea retorcida, a la forma conceptuosa. Los escritores quieren vencer las dificultades de la expresión por medio de hábiles giros y agudezas pueriles. Santa Teresa no incurre en estos juegos de ingenio. Ella ama la expresión directa, el estilo simple y llano; y así aconseja a sus monjas: «También mira en la manera del hablar, que vaya con simplicidad y llaneza y relisión, que lleve más estilo de ermitaños y gente retirada que no ir tomando vocablos de novedades» (2).

Pedagogía teresiana

Si a la índole popular del lenguaje de Santa Teresa y a la llaneza de su estilo agregamos la forma en que fueron compuestas sus obras, de primera intención y sin apenas correcciones, no puede menos de maravillarnos la fortuna con que, ante la orden de sus confesores, se consagra a la labor de analizar los más bellos tesoros de su intimidad. No busquemos en sus escritos, por lo tanto, un método riguroso de exposición y menos un sistema pedagógico. Pero si en las obras de la Santa no existe un tratado completo, sistemático, científicamente formulado de doctrinas pedagógicas, ni siquiera a lo divino, sí abundan en todas ellas rasgos sueltos, agudos atisbos, ideas claras.

Rabelais (fin del siglo xv-1553) y Montaigne (1533-1592) son, con poca diferencia, contemporáneos de Santa Teresa. Tampoco ellos han creado una obra pedagógica sistemática. Sin embargo, los críticos franceses cuidaron de exponer sus doctrinas con obstinada rei-

(1) Consúltese el capítulo V de la obra *El lenguaje de Santa Teresa de Jesús*, por A. Sánchez Mogue, y el trabajo de don Ramón Menéndez Pidal *El estilo de Santa Teresa*, publicado en el núm. 12 de *Escorial* (octubre 1941), páginas 13-30.

(2) *De Modo de visitar los conventos*.

teración. ¿Por qué no subrayar, nosotros, la importancia pedagógica de los escritos de Santa Teresa? Así como Rabelais quiere formar el sabio y Montaigne el mundano, ella se esfuerza por atender a la formación religiosa de sus hijas, las carmelitas reformadas. A ellas se da, toda entera, ejemplo vivo de sus doctrinas teóricas. Sus ideas pedagógicas son, muchas veces, dardos de amor que se elevan de lo terreno; pedagogía divina, si se quiere, pero pedagogía, al fin y al cabo. Pero no sólo de esta arrebatada disciplina espiritual se pueden extraer, *mutatis mutandis*, conclusiones más a ras de tierra, sino que, al lado de la Santa y de la escritora ascética o mística, aparece muchas veces la reformadora y la fundadora dictando sabias lecciones de política conventual que forman ya parte de una aguda y discreta pedagogía humana.

En el siglo xvi, aun sin sistematizar los estudios pedagógicos, futuro todavía el impulso de Locke y Comenius, hay que buscar los mejores atisbos en Pedagogía en los humanistas, como Vives. Y eso, atisbos, chispazos, insospechados brotes, los hallamos abundantísimamente en toda la obra de Teresa de Cepeda.

No sería temerario afirmar que todos los escritos de la Santa son de carácter didáctico, al menos en gran parte. Dos obras parecen querer pasar a otra zona literaria: el libro de su *Vida* y el de las *Fundaciones*; a éstos pudiéramos agregar el de las *Relaciones*. Son obras en que parece debe dominar el propósito histórico. Por lo que se refiere al libro de su *Vida*, es preciso no dejarse engañar por el título. Santa Teresa en él se refiere no a su ser físico, sino a su vida espiritual; por eso le placía denominarle *Libro de las Misericordias del Señor*, aludiendo a los dones místicos con que por El fuera favorecida. Se trata, pues, de una biografía espiritual, escasa en datos concretos de su vida exterior, a la que apenas se alude fuera de los primeros capítulos. Gran parte del libro está dedicado a estudiar minuciosamente los diversos grados de la oración. Queda la obra perfectamente caracterizada al decir que es una biografía en la que apenas se contienen nombres propios. El *Libro de las Fundaciones* es más objetivo y abundante en datos concretos; más histórico; pero no fal-

tan en él esos graciosos despistes de la Santa ni la continua referencia a sus íntimos ardores. Tanto en uno como en otro abundan las aseveraciones y ejemplos de carácter pedagógico.

El resto de las obras de Santa Teresa tiene ya un marcado tono didáctico; pero este carácter no es único y uniforme, sino diverso, por lo cual pueden ser distribuidas en dos grupos.

Uno de ellos lo constituye tres obras menores: las *Constituciones*, los *Avisos* y el *Modo de visitar los conventos*. Son obritas en las que habla la Reformadora, la Fundadora de casas de religión. Los *Avisos*, que son setenta, constituyen una colección de sentencias breves, de tono aforístico, algunas bellísimas y todas ellas de marcado carácter pedagógico. El *Modo de visitar los conventos* es un alarde de discreción y buen sentido. Fuente de aciertos perdurables para los visitantes de casas de religión y verdadero monumento de política conventual o monástica. Son ambas obritas de carácter práctico, aunque de distinta fuerza preceptiva. Tal vez los *Avisos* sean la de más importancia doctrinal y mayores aciertos de exposición. En todos ellos se desvela porque se mantenga la pureza de su reforma y se logre buen suceso en las iniciadas fundaciones.

Muy otro carácter tienen las restantes obras de Santa Teresa. Las glosas del Cantar de los Cantares conocidas por *Conceptos del Amor de Dios*, las páginas del *Camino de perfección* y la continuada alegoría del *Castillo Interior* o *Las Moradas* son obras escritas por la Maestra del Espíritu que a las almas se dirige para guiarlas y fortalecerlas. Si a estos tres libros se añaden muchas páginas del llamado de su *Vida* tendremos reunida casi toda la labor del magisterio místico de la Santa.

Hemos de referirnos, por último, al copiosísimo Epistolario Teresiano. Rico e interesante conjunto, nos brinda con todos los matices de su inspiración. Alegres epístolas, reflejo de la efusiva cordialidad de la escritora; discretos consejos, enumeración de trabajos, referencias a místicos dones. Por su elevación moral y su alto sentido religioso brillan las redactadas para su hermano Lorenzo de Cepeda, aquel que, desde lejanas tierras de las Indias, ayudó a la ardida

fundadora con caudales. Por la atinada y sagaz observación, por la mesura en el consejo, por la discreción en la parte práctica del vivir, brillan las dirigidas a la Madre María de San José, priora de Sevilla.

Los atisbos pedagógicos de la Santa se manifiestan, pues, en la doble dirección del más divino magisterio espiritual y del menudo consejo para la vida cotidiana; pero al basarse los escritos místicos de Teresa de Jesús en un proceso antianalítico, de introspección, en un estudio psicológico, y los consejos de la Fundadora en la observación y la experiencia del fluir de los días, o sea, en las costumbres monásticas y del siglo, advertimos coincide esta doble dirección en que se lanzan las ideas pedagógicas de Santa Teresa con los dos pilares que, más de doscientos años después, serían fundamento para dar forma científica al contenido pedagógico: la Psicología y la Ética.

Ideas pedagógicas

El magisterio doctrinal de Santa Teresa y su ejemplo vivo ejercieron extraordinaria influencia en el progreso de la Teología mística (1). Es interesante insistir otra vez en el talento y discreción de la escritora abulense, que discurre sobre materia tan espinosa, ella, víctima de persecuciones, en tiempos en que las cárceles de la Inquisición se abrían, a veces, para altos ingenios, sin que en página alguna de la pobre monja, ayuna en estudios de Teología, se deslizará afirmación de ortodoxia discutible. El hispanista alemán Pfandl no se explica los escritos de la Santa sino por mística inspiración. Ella misma, en el libro de su *Vida* (2), dice que «cuando el Señor da espíritu, pónese con facilidad y mejor. Parece como quien

(1) «El magisterio de la Santa produce una verdadera efflorescencia del misticismo que pudiera denominarse Escuela de Santa Teresa. Pero hemos preferido designar este período bajo el título de Carmelitano, para tener en cuenta la personalidad, tan acusada, de San Juan de la Cruz.» Pedro Sáinz. Ob. cit., pág. 243.

(2) «... porque cuando el Señor da espíritu pónese con facilidad y mejor. Parece como quien tiene un dechado delante, que está sacando aquella labor; mas si el espíritu falta, no hay más concertar este lenguaje, que si fuese algarravía...» *Vida*. XIV.

tiene un dechado delante». Y así se explican esas páginas escritas de un tirón, sin una tacha, como frente a un modelo o dechado, las cuales la Santa, al leerlas, no comprendía cómo habían podido brotar de su pluma.

Aludimos anteriormente a las dificultades que Teresa de Cepeda había de hallar para declararse en tan abstractas materias. Recurrir, como todos los místicos, a la alegoría y, muchas veces, a la simple comparación. Las obras de Santa Teresa nos demuestran el valor extraordinario de la comparación como elemento didáctico. Ella se justifica en varios lugares. «Como este lenguaje de espíritu es tan malo de declarar... habré de aprovecharme de alguna comparación», escribe en el libro de su *Vida* (1). Y en el de las *Moradas*: «Deseando estoy acertar a poner una comparación, para si pudiese dar a entender algo de esto que voy diciendo» (2). La excelsa escritora tiene una gran habilidad para establecer sus comparaciones entre los más abstractos términos teológicos y lo más simple y sencillo de la naturaleza. No hace falta buscar su raíz en el alma férvida y dulce de San Francisco. Las comparaciones de la Santa de Avila no son producto erudito, subtractum culto, reminiscencias de lector. Son espontáneo fruto de su ingenio y de su carácter; de aquel carácter alegre, enérgico y humilde. De las palomas, las abejas, las flores, se sirven sus símiles para declarar abstractos pensamientos. Algunas de sus comparaciones son brevísimas, como ocurre en un pasaje muy bello en que afirma que la persona que logra mercedes del Señor en la oración «vese luego indignísima, porque en pieza a donde entra mucho sol no hay telaraña escondida» (3). Otras veces estos símiles alcanzan, por su desarrollo, la categoría de verdaderas

(1) «Habré de aprovecharme de alguna comparación, que yo las quisiera excusar por ser mujer, y escribir simplemente lo que me mandan; mas este lenguaje de espíritu es tan malo de declarar a los que no saben letras, como yo, que habré de buscar algún modo, y podrá ser las menos veces acierte a que venga bien la comparación...» *Vida*. XI.

(2) «Deseando estoy acertar a poner una comparación, para si pudiese dar a entender algo de esto que voy diciendo, y creo no la hay que cuadre, mas digamos esta...» *Moradas sextas*. IV.

(3) *Vida*. XIX.

parábolas y algunas la comparación se desarrolla y extiende de un modo extraordinario en forma de continuada alegoría. Así, en el libro de su *Vida* se inicia, en el capítulo XI, la comparación del alma con un huerto y prosigue durante varios capítulos desapareciendo muchas veces para surgir a seguida como manso Guadiana. Esta referencia, impensada, al río de Emérita —gran caudal, aguas lentas, bajo los milenarios sillares de la romana puente— nos trae a la memoria el tema del agua. El agua —limpieza del pecado, limpieza corporal— era uno de los «elementos» a que Santa Teresa fué más amiga. Ella declara en las *Moradas cuartas* «haberla mirado con más advertencia que otras cosas» (1). Así, abundan en sus escritos los ejemplos y comparaciones levantados sobre la fugitiva base del agua. Pero, sobre todo, y desarrollando uno de estos líquidos símiles, alcanza tal vez el ápice de su arte de escritora en las bellísimas páginas del capítulo XXX de *Camino de perfección*, verdadero fragmento de antología.

En sus páginas místicas, la Santa española no olvida nunca la propia experiencia: «... esto del conocimiento propio nunca se ha de dejar...», escribe en el libro de su *Vida* (2). Esta experiencia, adquirida en sí, característica del individualismo religioso de la época renaciente, la conduce a caracterizar la posición mística por un acto de amor fuera del cual es accidental todo. Así dice «que para aprovechar mucho en este camino y subir a las *Moradas* que deseamos, no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho» (3). Amar mucho; no pensar mucho. He aquí cómo Santa Teresa antepone la voluntad al intelecto. Su temperamento animoso se vuelca en todas sus obras «porque es muy necesario —escribe— para este nuestro flaco natural tener gran confianza y no desmayar, ni

(1) Disculpándose Santa Teresa de que «declarar cosas de espíritu» ponga un ejemplo con cosas de agua «... y es, como sé poco, y el ingenio no ayuda, y soy tan amiga deste elemento, que lo he mirado con más advertencia que otras cosas; que en todas las que crió tan gran Dios, tan sabio, debe haber altos secretos de que no nos podemos aprovechar, y así lo hacen los que lo entienden, aunque creo que en cada cosita que Dios crió hay más de lo que se entiende, aunque sea una hormiguita...» *Moradas cuartas*. II.

(2) *Vida*. XIII.

(3) *Moradas cuartas*. I.

pensar que, si nos esforzamos, dejaremos de salir con victoria (1). Algunas de sus frases en este sentido tienen altísimo valor poemático, como cuando escribe: «Espántame lo mucho que hace en este camino animarse a grandes cosas; aunque luego no tenga fuerzas el alma da un vuelo, y llega a mucho, aunque como aveveica que tiene pelo malo, cansa y queda» (2).

Nos detendría excesivamente recoger las citas de Santa Teresa para justificar su doctrina de la oración, a la que considera guía en el camino del cielo, las lecturas religiosas, la devoción íntima y callada que no debe vociferarse —«... mi secreto, para mí, dice San Francisco y San Bernardo» (3)—, su censura de las excesivas mortificaciones que pueden redundar en peligro para el cuerpo —¡oh, los viejos ascetas macerados!— y sus reiteradas advertencias, abundantísimas en el *Libro de las Fundaciones*, a las prioras que, por celo excesivo, tienen en oración «todo el convento, cuando sería muy mejor que se fueran a dormir» (4).

Sólo subrayaremos la fina percepción de la Santa de las mutuas influencias entre lo espiritual y lo corporal. Así nos dice en *Camino de perfección* que «ayuda harto tener altos pensamientos, para que nos esforcemos a que lo sean las obras», y en su *Vida* «que somos tan miserables que participa esta encarceladita desta pobre alma de las miserias del cuerpo» (5).

A pesar de la supervaloración de la voluntad en Santa Teresa, a

(1) *Vida*. XXXI.

(2) *Vida*. XIII.

(3) «La devoción interior no la muerte, sino con grande necesidad. Mi secreto para mí, dice San Francisco y San Bernardo.» *Avisos*.

(4) He aquí el fragmento citado: «Estuve una vez en una de estas casas con una priora, que era amiga de penitencia; por aquí llevaba a todas. Acaecía darse de una vez disciplina todo el convento, siete salmos penitenciales con oraciones y cosas de esta manera. Así les acaece, si la priora se embebe en oración (aunque no sea en la hora de oración, sino después de Maitines), allí tiene todo el convento, cuando sería muy mejor que se fuesen a dormir...» *Fundación*. XVIII. Insiste mucho la Santa en condenar las excesivas mortificaciones corporales. Por ello, en el *Modo de visitar los conventos* escribe que es preciso informarse de si las prioras ordenan con exceso oraciones y penitencias «y ser tan pesadas en ello que cargadas mucho las monjas, se les acabe la salud, y no puedan hacer lo que están obligadas».

(5) *Camino de perfección*, V, y *Vida*, XI.

pesar de sus deficientes estudios teológicos y culturales, su genio recomienda el cultivo de la inteligencia y no estima, ni aun en lo religioso, la falta de apetito intelectual. En sus *Moradas cuartas* censura el estado de embebecimiento, que ella llama de abobamiento; y exclama en el libro de su *Vida*: «De devociones a bobas nos libre Dios» (1).

«En todo es menester experiencia y maestro», son palabras de la Santa (2). He ahí, en esta frase, señaladas las dos fuentes del conocimiento, excluido el soplo de la intuición divina; la experiencia de la propia operación mística y el maestro. El maestro, con sus conocimientos y el fruto también de su experiencia personal. «Para esto escribe, es muy necesario el maestro; si es experimentado» (3). Y si en todo es necesario el hábil guía, mucho más en el campo del misticismo. He aquí sus palabras: «Quiérome declarar más, porque estas cosas de oración todas son dificultosas y, si no se halla maestro, muy malas de entender» (4).

El valor que Santa Teresa atribuye al maestro se origina de la importancia que concede a las letras. «¡Oh, Señor —escribe—, tomad en cuenta lo mucho que pasamos en este camino por falta de saber», y en otro pasaje, «gran cosa es el saber y las letras para todo» (5). Repetidas veces se lamenta de no entender el latín, vién-

(1) He aquí cómo caracteriza la Santa de Avila el estado de falso arroboamiento producido por la espuela del deseo de favores divinos y la debilidad física resultado de excesivas mortificaciones: «... y mientras más se dejan, se embebecen más, porque se enflaquece más el natural, y en su seso les parece arroboamiento y llámolo yo abobamiento, que no es otra cosa más de estar perdiendo tiempo allí y gastando salud». *Moradas cuartas*. III. En tales casos he aquí lo que aconseja la Santa: «Por eso tengan aviso, que cuando sintieren esto en sí lo digan a su prelada, y diviértanse lo que pudieren, y hágalas no tener horas tantas de oración, sino muy poco, y procuren que duerman bien y coman, hasta que se les vaya tomando la fuerza natural, si se perdió por aquí.» *Moradas cuartas*. III.

La admirable frase del libro de su *Vida*, capítulo XIII, que se cita en el texto, revéla bien a las claras que la Santa abulense quiere eliminar toda posibilidad de error en el estado de oración. Nada de «devociones a bobas»; es decir, sin experiencia, sin cautela, descuidadamente...

(2) *Vida*. XI.

(3) *Vida*, XIII.

(4) *Vida*. XIII.

(5) Ambas citas son de las *Moradas cuartas*. I.

dose privada de los libros religiosos no escritos en romance. Esto motiva en ella cierto recelo y le hace parapetar sus aseveraciones tras frases dubitativas. He aquí cómo lo manifiesta en las *Moradas*: «Siempre en cosas dificultosas (aunque me parece que lo entiendo y que digo verdad) voy con este lenguaje de que me parece, porque si me engañare, estoy muy aparejada a creer lo que dijeren los que tienen letras muchas» (1).

Si Santa Teresa en numerosas ocasiones alude a las cualidades que debe tener el maestro, no podía olvidar al maestro del espíritu, al confesor. Las tres cualidades que, para ella, deben tener los directores de la conciencia son: buen entendimiento, gran experiencia y amplia cultura. Pero en la estimación de estas tres cualidades no hay unanimidad en todos los escritos de la Santa, pudiendo señalarse las diferencias entre lo que opinaba al escribir su *Vida*, joven aún, y las *Moradas*, en la cumbre de su edad. En el primero de los libros citados atribuye la máxima importancia al entendimiento y la experiencia; en el otro relega la experiencia a segundo término, para destacar el talento y las letras o cultura. Posición parecida es la que adopta en *Camino de perfección*. Distingue entre los confesores verdaderamente cultos y los de concejimientos embrionarios, diciendo de éstos: «... gran daño hicieron en mi alma confesores medio letrados... y buen letrado nunca me engañó» (2).

Igual atención consagra a la autoridad de las prioras, de manera

(1) *Moradas quintas*. I.

(2) «Yo comenceme a confesar con él, que siempre fuí amiga de las letras, aunque gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados... y buen letrado nunca me engañó.» *Vida*. V.

«Así que importa mucho ser el maestro avisado, digo de buen entendimiento y que tenga experiencia; si con esto tiene letras es de grandísimo negocio. Mas si no se pueden hallar estas tres cosas juntas, las dos primeras importan más, porque letrados pueden procurar para comunicarse con ellos cuando tuvieren necesidad. Digo que a los principios, si no tienen oración, aprovechan poco letras.» *Vida*. XIII.

[El confesor] «... en especial si le ha dado su Majestad don de conocer espíritus, que si éste tiene y letras, aunque no tenga experiencia, lo conocerá muy bien. Lo que es mucho menester, hermanas, es que andéis con gran llaneza y verdad con el confesor...» *Moradas sextas*. IX. Hay pasajes análogos, muy expresivos, en el capítulo VIII del mismo libro.

que en el *Modo de visitar los conventos* afirma que debe anularse la elección de priora si recae en persona carente de condiciones sin dejarla nunca pasar del primer año, pues al tercero destruirían el *monasterio*. En el mismo libro robustece la autoridad de las prioras en las cosas menudas y dice que «no siendo cosas graves siempre se han de favorecer las perladas». A éstas les da una sabia lección de mando al escribir en el libro de las *Fundaciones*: «Esto hemos de mirar mucho, que lo que a nosotras se nos haría áspero, no lo hemos de mandar. La discreción es gran cosa para el gobierno» (1).

A la autoridad de la priora ha de corresponder en las monjas la obediencia. Santa Teresa es una gran propugnadora de esta virtud, a la que tiene especial devoción, aunque advirtiendo que no deben cumplirse aquellas órdenes que en sí envuelvan pecado. «Lo que nos hacía mucho provecho —afirma— es estudiar mucho en la prontitud de la obediencia». Y añade en el libro de las *Fundaciones*: «... si es por contentar a Dios, ya saben que se contenta más con la obediencia que con el sacrificio». Más adelante, ponderando las virtudes de la religiosa Beatriz de la Encarnación, dice: «En lo de la obediencia jamás tuvo falta, sino con una prontitud, perfección y alegría a todo lo que se la mandaba» (2). En estas palabras está expresado el ideal de obediencia de la Santa.

Hace agudas referencias a los castigos, afirmando que a nadie se

(1) *Fundaciones*. XVIII.

(2) Los dos últimos pasajes citados son del libro de las *Fundaciones*, capítulo VI.

Sobre éste, como sobre los demás puntos, podríamos multiplicar las citas. He aquí algunas más, a las que se añade en el texto:

«... Y también estén avisadas las súditas, que cosa que sería pecado mortal haría sin mandársela, que no la pueden hacer mandándola...» *Fundaciones*. XVIII.

«... Está siempre aparejada al cumplimiento de la obediencia, como si te lo mandare Jesucristo en tu prior o prelado.» *Avisos*.

«... Bendito sea el Señor que así favorece a los ignorantes. ¡Oh virtud de obedecer que todo lo puedes!» *Vista*. XVIII.

«De donde sacaremos, hermanas, que para ir mereciendo más y más, y no perdiéndonos como éstos, lo seguridad que podemos tener es la obediencia, y no forcear de la ley de Dios...» *Moradas quintas*. III.

debe castigar con ira, y pone de relieve que es más penoso «recibir mercedes, habiendo caído en graves culpas, que recibir castigos» (1).

Podríamos multiplicar las citas relativas a otros puntos: no decir mentiras «... no queriendo nos tengan por mejores de lo que somos»; la humildad que «delante de la sabiduría infinita vale más que toda la ciencia del mundo»; el valor pedagógico del ejemplo y de las buenas compañías y el peligro de las malas. Así escribe: «... vi la gran merced que hace Dios a quien pone en compañía de buenos», y «Espantábame algunas veces el daño que hace una mala compañía..., en especial en tiempo de mocedad...» Por último, nos da en los *Avisos* la regla de la suprema dignidad personal y del máximo respeto a nosotros mismos con estas palabras: «Jamás harás cosa que no puedas hacer delante de todos» (2).

Final

Anotemos, todavía, otra frase del libro teresiano de los *Avisos*: «La tierra que no es labrada llevará abrojos y espinas, aunque sea fértil; así el entendimiento del hombre». Manifestación muy típica

(1) «Nunca siendo superior reprimida a nadie con ira, sino cuando sea pasada, y así aprovechará la reprehensión.» *Avisos*.

«A la verdad tomábais, Rey mío, el más delicado y penoso castigo... Con regalos grandes castigábais mis delitos... Era tan más penoso para mi condición recibir mercedes, cuando había caído en graves culpas, que recibir castigos...» *Vida*. VII.

(2) «No digo sólo que no digamos mentira, que en eso, gloria a Dios, ya veo que traéis gran cuenta en estas casas con no decirlo por ninguna cosa, sino que andamos en verdad delante de Dios y de las gentes, de cuantas maneras pudiéramos; en especial no queriendo nos tengan por mejores de lo que somos, y en nuestras obras dando a Dios lo que es suyo, y a nosotros lo que es nuestro, y procurando sacar en todo la verdad, y así tendremos en poco este mundo, que es todo mentira y falsedad, y como tal no durable.» *Moradas sextas*. X.

«... delante de la sabiduría infinita, créame que vale más un poco de estudio de humildad y un acto della, que toda la ciencia del mundo.» *Vida*. XV.

«Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud.» *Vida*. I.

«Considero algunas veces cuán mal lo hacen los padres, que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras.» *Vida*. II.

«Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía; y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer: en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace.» *Vida*. II.

«... y vi la gran merced que hace Dios a quien pone en compañía de buenos.» *Vida*. II.

«... Jamás hagas cosas que no puedas hacer delante de todos.» *Avisos*.

de su pensar nos lleva esta frase, tan bellamente construída, a resumir en unos renglones las ideas pedagógicas de Santa Teresa. Como Maestra del espíritu, su valor es incalculable; a ella se debe un indudable progreso en la actividad mística española; fundándose en el ejemplo de su propia experiencia, la Santa construye sus místicas moradas entre dardos de amor y exaltaciones de la voluntad. En un plano pedagógico más humano, las ideas de la Santa son constante modelo de talento y discreción; de interés son sus conceptos de la autoridad y de la obediencia; del valor de los maestros, de la influencia mutua de lo espiritual y lo corporal, de la eficacia del ejemplo... Pero, sobre todo, hay que subrayar la reiteración con que afirma la necesidad del cultivo cuidadoso de la inteligencia, ya que «la tierra que no es labrada llevará abrojos y espinas, aunque sea fértil».

Aparte la extraordinaria importancia de la Santa castellana en la pedagogía religiosa y, más especialmente, en la mística, las frases y pensamientos de carácter didáctico que abundan en sus escritos y de los que hemos entresacado algunos entre muchos, forman un indiscutible y valioso caudal de ideas pedagógicas.

Adviértase que todas estas ideas a que aludimos tienden a la formación o a la no deformación. El ejemplo, la comparación, la lectura, la obediencia, la reprensión cariñosa, el premio injusto, las compañías, la humildad, la autoridad, y, sobre todo, el análisis interior, de la propia psicología. La mayor parte de estos elementos tienen un lugar en lo que se ha llamado pedagogía hodegética o educación moral, ya que se trata de una verdadera disciplina en que lo que lo característico es la acción sobre las pasiones, los sentimientos, la voluntad del sujeto.

JUAN ANTONIO TAMAYO

LO mismo que cumplimos el fin de liberar a España de las hordas rojas, tenemos otra tarea, que no ha terminado con restablecer el culto y abrir las puertas de los monasterios, pues sólo existe una nación cuando tiene un Jefe, un Ejército que la guarda y un pueblo que la asiste. Nuestra Cruzada demostró que tenemos el Jefe y el Ejército; ahora necesitamos al pueblo, y éste no existe más que cuando logra tener unidad y disciplina.»

*(Palabras del Caudillo, en
Cataluña, en enero de 1942.)*